

Salvemos Izar

Juan Alberto Belloch, alcalde de Zaragoza por el PSOE (LA RAZON, 29/09/04)

Los hechos ocurridos en el sector naval en los últimos meses, desde que Rodríguez Zapatero asumiera la Presidencia del Gobierno, recuerdan lo ocurrido cuando los socialistas llegaron al gobierno en 1982. Se trataba entonces de afrontar las reconversiones industriales. Aunque son difícilmente comparables tanto las circunstancias generales (mucho peores en aquellos días) como las empresas afectadas (10.700 trabajadores movilizándose para defender sus puestos de trabajo) es un acontecimiento de vital importancia que sirve para medir con precisión las formas y el fondo, el talante del Gobierno actual a la hora de abordar problemas de envergadura.

En aquel momento era ministro de Industria Carlos Solchaga, político de los que dejan huella, tanto en Industria como en Economía. Hoy le toca afrontar la reconversión a Pedro Solbes.

España estaba en 1982 en la «unidad de cuidados intensivos». Tampoco era idéntica la posición del PSOE, que tuvo que asumir un papel excepcional, entre otros factores, por la falta de estructuración de la derecha española, que saltó en pedazos con la crisis de la UCD, y por las amenazas involucionistas. La tensión interna en la familia socialista quedó bien reflejada en el distanciamiento entre la UGT y el PSOE o quizás más bien entre sus líderes.

Aquella crisis se saldó razonablemente en términos de necesidades objetivas de la economía española, pero no así en clave sindical ni probablemente humana. El reto que hoy tiene el presidente y que algunos creen tan difícil de resolver como la cuadratura del círculo estriba en impedir o paliar tales costes. De entrada hay que constatar la sorprendente, por inusual, manera en la que Zapatero está cogiendo el toro por los cuernos con toda la emoción y mérito que ello merece, pero con el indudable riesgo de recibir una cornada de cuidado.

En la cronología de los hechos del conflicto de la empresa Izar, uno de los más llamativos se produjo después de las declaraciones del presidente de la SEPI y de la propuesta de viabilidad presentada a los sindicatos y representantes de los trabajadores. Iniciado el debate y la polémica, interviene el presidente del Gobierno prometiendo la flexibilización de las propuestas de la SEPI y el mantenimiento de los astilleros en el sector público. José Luis Rodríguez Zapatero llega más lejos afirmando que «mi Gobierno va a ser el Gobierno que salvará los astilleros de Izar» y que «ningún trabajador de Izar quedará abandonado a su suerte».

Hay que suponer que donde manda patrón no manda marinero y que, por tanto, los equipos técnicos están, desde entonces, acongojados pero muy activos, en el intento de encontrar el acuerdo necesario.

La intervención de Zapatero, tanto por lo que dijo como por cuándo lo dijo, rompe todos los moldes de lo que se entiende convencionalmente como prudente para quien ocupa la Presidencia del Gobierno. Sólo puede entenderse a la luz de su obsesión, por cumplir puntillosamente lo prometido, y que quiere hacer compatible con la solución efectiva de los problemas. La reunión que mantuvo con el comité de empresa de Izar, en esos momentos en huelga, es el ejemplo más destacado de un talante insólito para quien ocupa tal responsabilidad. Es su estilo, y como quiera que hasta ahora le ha ido muy bien, no encuentra motivo alguno para modificarlo. Entiende, al contrario, que eso es precisamente lo que más valora de él la ciudadanía.

No va a ser fácil encontrar un acuerdo, pero es obvio que el presidente del Gobierno no esconderá la cabeza bajo el ala como lo hizo el Partido Popular, subvencionando una empresa de forma ilegal, con tal de retrasar un problema que inevitablemente tenía que aflorar. Rodríguez

Zapatero es un convencido de la necesidad del acuerdo con los agentes sociales pero, sobre todo, de la capacidad de la política para articularlo. Tiene además la perseverancia para conseguirlo y quiere hacerlo sin traicionar su convencimiento de que la solución pasa por afrontar la realidad.

La oposición y muchos de los suyos le vienen acusando desde que emergió como secretario general del PSOE, de «bambismo» primero, y después de «angelismo agudo», atreviéndose a calificar su discurso (al hilo de su intervención ante la ONU) de propio de un alumno de primaria bien aplicado. Como dijo Manolo Vicent, «se trata de un político que le ha quitado a la derecha la longaniza de la boca sin despeinarse» y que además es «un hombre duro», capaz de mantener firmes y arriesgadas decisiones como en el tema de Irak. No sé qué pasará cuando llegue a la Universidad. Quienes piensan que ¡por fin! Zapatero se ha metido en una encerrona sin salida, harán bien en contener sus anhelos mal disimulados. Si las cosas siguen su curso, esto es, no el natural sino el de Zapatero, Izar tendrá una solución razonable para todos, para la realidad y para los afectados. Seguro que tomará buena nota de las experiencias (y de los errores) de las reconversiones industriales de los 80.

Algún amigo suyo con experiencia en tales materias le podrá asesorar inteligente y desinteresadamente.